

Arte y reflexión en el monasterio del Olivar

Ana Ballester Pascual
Fotografía de M.^a Ángeles Tomás



La emergencia de la luz, esferas azules de cerámica atrapadas en esferas de forja oxidada, obra de Lucía Villarroya.

Una vez más, el claustro barroco del monasterio del Olivar se convirtió en una galería de arte contemporáneo con la inauguración de la exposición "La muerte no existe, el espíritu ni nace ni muere". La ceremonia de apertura tuvo lugar el pasado 23 de junio y reunió a treinta y ocho artistas procedentes de España, Venezuela, Italia, Estados Unidos y México. A través de imágenes impactantes, metáforas simbólicas y exploraciones filosóficas profundas, los visitantes fueron transportados a un viaje de autodescubrimiento y exploración de la esencia misma de la humanidad. La exposición fue comisionada por Gene Martín y Alejandro Mañas, artistas que también mostraron sus piezas. La organización corrió a cargo de la Orden de la Merced con el patrocinio de la Fundación Térvalis, la Comarca Andorra-Sierra de Arcos, el Museo de la Diputación de Teruel y la Universitat Politècnica de València.

Esta muestra cuestionó los conceptos convencionales sobre la existencia humana, al presentar una colección de obras de arte contemporáneo muy diversa, que abarcó una amplia gama de medios, desde los más tradicionales, como pintura y fotografía, hasta los más modernos, como instalaciones multimedia o la impresión 3D. El circuito se dividió en cinco áreas expositivas, las cuales coincidieron con las fases del fallecimiento de una persona. La primera de estas fue titulada "La muerte del individuo" y reunió un pequeño grupo de piezas de toda índole: el vídeo de Eulàlia Valladosera, ganadora del Premio Nacional de Bellas Artes, los dos bustos de alabastro del alcañizano José Miguel Abril y la pequeña acuarela del neoyorkino Robyn Chadwick, más la obra de la ceramista Lucía Villarroya, el lienzo hiperrealista del pintor turolense Diego Aznar, la escultura de Mariano Calvé, la ascensión de Quinita Fogué y, finalmente, los corazones cerámicos de Reyes Esteban.

Bajo el título "En la muerte no hay soledad" se enmarcó la segunda sección, que dio comienzo con la *performance* del malagueño Ernesto Artillo, quien a través de una serie de troncos de árbol igualó a todas las personas ante la muerte. A este, le sucedió el cielo estrellado de Ramón Boter y el círculo de sal y vidrio de la catalana Sandra Moneñy.

La tercera parte fue denominada "Lo trascendido" y en ella se reflexionó sobre la existencia del más allá y cómo la vida continúa pese a perecer el recipiente que la contuvo. A través de una instalación escultórica poética, Alejandro Mañas dio comienzo a este pensamiento. A él le siguieron Joana Cera y su código QR, el fotógrafo Leo Tena, los conos metálicos de Alina Rotzinger, la estalactita de Miajel Ruggieri, el sarcófago de Hugo Casanova, la escultura en 3D y los frascos retroiluminados de Gene Martín.

"Reflejos del espíritu" fue el enunciado escogido para la penúltima parte de la exposición, donde la vida y la muerte se entretrejieron. Laura Rubio mostró dos papeles encerados para vislumbrar lo que le supone al individuo el fin del camino; el Colectivo del Círculo de Agua expuso ocho acuarelas simbólicas y Araceli García un acrílico monocromo abstracto.

La última zona, "Del principio al fin", concluyó con la cruz de Carlos Pujol, las pinturas japonesas de Mariela Morales, el *collage* de Laura Kmetz, los vibrantes cuadros de Carolina Cañada, la instalación conceptual de Luis Salvador, el óleo mitológico de Fernando Gaya, el Cristo triunfante de Marta Ortega y la vidriera colorista de Carmen Solsona. Toda la exposición estuvo arropada por la poesía de Mateo Patón.